



LA ASUNCION

Es altamente simpática la fiesta de la *Virgen de Agosto*, como la llaman aquí. Simpática en sí, y simpática en sus detalles, tiernos todos ellos y llenos de fe y de piedad popular.

Popular y muy popular es la festividad de la Asunción de María en todo el mundo católico; más aún en nuestra España, que la tiene por titular de la inmensa mayoría de sus Catedrales e Iglesias Colegiatas y parroquiales, y más, si cabe, en Menorca, que en todas sus poblaciones la honra con peculiares cultos en su festividad y octava, durante la cual acuden los fieles a venerar la Imagen de la Virgen yacente, cubierta de aromática albahaca y lindas flores, sustraídas a la acción de los rayos de fuego de un sol canicular.

Por lo que a nuestra Catedral se refiere, ¿quién no siente dulce emoción en el alma, al contemplar la ingente multitud de fieles que acuden a los pies de María, en su festividad y octava, con una devoción tan espontánea, tan sincera y tan constante? ¿quién podrá contar los besos afectuosos depositados en aque-

llas sandalias de plata que cubren las plantas virginales de la Imagen veneranda? ¿quién enumerará las súplicas dirigidas a la Virgen, por personas de toda edad, sexo y condición?

Es un espectáculo, que, más de una vez, nos ha llevado a profundas reflexiones. Esa devoción tan espontánea del pueblo hacia María, en medio de la actual depresión del sentimiento religioso, es síntoma de confortadoras esperanzas. No, no perecerá, no morirá el alma religiosa de nuestro pueblo, mientras aliente el amor y la devoción hacia Aquella, que es llamada y con razón *Estrella de los mares*, de esos mares alborotados de la vida, sobre las cuales riela la luz celestial de la protección de la Virgen María, que desde la mansión de los cielos y exaltada sobre los coros de los ángeles, no deja de mirar con ojos de amor y de misericordia, a los que en este mundo la llaman su Madre, su auxilio, su esperanza y su consuelo.

Verdaderamente es simpática y tierna, sobre todo encomio, la popular festividad de la Asunción de María, la tradicional fiesta de la *Virgen de Agosto*.

JUAN.

Ciudadela, Agosto 1921.



DEL EVANGELIO

CANTO TRIUNFAL

QUERIDAD la llevó, alegre y presurosa, por los montes de Judea.

Es la elegida entre mil, para Madre de Dios, es la hermosa entre todas las mujeres, de cabellos rubios, cómo el oro, de ojos azules, cómo el cielo, y de color rosado, cómo las franjas del sol naciente, o cómo los abiertos botones de un rosal florido.

Es María, la que es Virgen y, a la vez, Madre, la que cómo prenda de este gran milagro que acertó a juntar tan injuntables cosas, ha sabido que su prima Isabel, la anciana esposa del anciano Zacarías, va a tener un gran hijo, a pesar de ser estéril.

¡Milagros continuos que obra, a derroche, la misericordia y omnipotencia de Dios!

Para ayudar a su prima, la visita María, y el momento de abrazarla es un poema divino de efusión y enlace de almas, cómo se enlazan en apretado y estrecho beso, la yedra trepadora y el tronco viejo o la hierbecilla que sale a flor de tierra para unirse, después a la rubia espiga.

María es la yedra de hojas tiernas y perfumadas flores, Isabel es el tronco añoso y antiguo; María la espiga que producirá sabroso grano, Isabel la yerbecilla humilde que a Ella se abraza.

Poema divino es ese momento de loores y alabanzas, cuyos

acordes preludian las cítaras angélicas y cuya letra es el tierno saludo de una santa y el cántico triunfal de la más Santa entre las santas.

¡Bendita Tú, entre todas las mujeres, dice Isabel, y bendito el fruto de tu vientre. ¡Oh alegría de tu voz, que hizo saltar de gozo al hijo de mis entrañas! ¡Oh bondad y dignación indecible que Tú, Madre de mi Dios, vengas a mi, para visitarme!...

Y María, la cantora de las grandes bondades divinas y la promulgadora, en admirable consorcio de humildad con exaltación, de las propias grandezas, puesta ya en éxtasis, dice:

¡Magnificat!... Magnifica mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador. Porque miró la humildad de su esclava, me llamarán bienaventurada todas las generaciones... Hizo, en mi, grandes cosas, quien es poderoso... Dispersó a los soberbios de pensamiento y corazón, y ensalzó a los humildes...

María, la profetisa sublime, la más grande entre todas, se queda abrazada con su prima, y su corazón late con violencia, porque ve cumplida, en Ella, las promesas que Dios hizo a sus padres y descendencia...

Tras una vida de sufrimientos y grandes privaciones, María ha muerto de añoranza y amor; amor y añoranza de estar y vivir con Cristo que, un día, a la vista de sus discípulos, subió a los cielos.

La podredumbre del sepulcro

no podía manchar a la Pura y sin mancha, y María, después de descansar en él, cómo en florido lecho, y cómo adormecida a los efluvios del amor, sube a la gloria, rediviva...

Alegre, asciende a los montes de los cielos, cómo, un día, alegre, fué por los montes de Judea, y quien la recibe, allá en lo alto, es el propio e idolatrado Hijo de sus entrañas. La saluda y la abraza eternamente...

Y mientras María va por los aires y entra en los alcázares de la gloria, suena el cántico triunfal del *Magnificat* que Ella repite, y corean, entre cascadas de armonías y vertientes de gozo, los alados ejércitos.

Cuando ella dice que la llamarán bienaventurada todas las generaciones, el himno crepitante se extiende por los orbes todos, y todos, a porfía, la llaman bienaventurada. Es el canto que nunca acaba, que siempre se repite, antiguo y siempre nuevo, incesante y sin fin...

El Señor ensalzó a la Humilde, y la puso a su diestra misma, cómo Reina del universo mundo.

¡Magnificat!... ¿Verdad, lector, que este es el cántico triunfal, propio del día de la Asunción?

JOSÉ TUDURÍ, *Lectoral.*

Ciudadela, Agosto, 1921.




SENDERO DE AMOR

In odorem unguentorum tuorum currimus...

(CANTIC.)

Reclinada sobre el pecho del Amado,
 sube la Virgen a las etereas salas,
 los cielos se llenan de su gloria,
 pulsan los ángeles sus sonoras arpas.
 Sol que en los aires muestra sus relumbres,
 cual mar de oro y rebruñida plata,
 con sus cambiantes, tiñe los repliegues
 de su veste alba.
 Nubes que vuelan en alas de los céfiros,
 blancas cual copos de la nieve cándida;
 son, vaporosas, su asiento y trono,
 y son escabel de sus regias plantas.
 Astros la ornan, la mecen vientos,
 y la acarician las suaves auras,

cantan los cielos y adoran los mundos,
mientras María sube, tan alta.

¡Oh Reina gloriosa! ¡Oh Reina triunfante!

¡Oh Reina y oh Madre! ¡Oh Madre adorada!

¡La que asciende a la cumbre de los cielos mismos,
porque regia carroza la lleva y levanta.

A su paso, nacen millones de estrellas,
que de lejos parecen azucenas blancas,
en los cielos nacidas y en los cielos brotadas,
cómo aquí brotan, junto a las playas.

Ha muerto de amor, la Virgen María,
amor que su pecho contener no acertaba,
y su amor, mientras sube, revive en el mundo,
y su Amor, a su paso, en el mundo se arraiga,
Amor que rebosa y en la tierra no cabe,
que doquier se desborda y doquier se derrama...

¡cuando la Virgen sube a los cielos,
la tierra y los cielos son una sola alma,
un alma amorosa de un amor gigante,
que por siempre los funde y enlaza,
y, borrando confines, los estrecha y auna,
cual en piélago inmenso se unen las aguas...
Por esto en el mundo son legión los amantes
que van tras la Muerta de amor, tan amada,
y el olor de su unguento, más suave que el nardo,
a todos atrae y a todos arrastra...

El perfume que llena los cielos de aromas,
también llena el mundo de olorosas ráfagas,
y si alados ejércitos se embelesan, en lo alto,
en el mundo, se embelesan ejércitos de almas.

¡Amor de María, que todo lo puede!..

¡Amor que es milagro, que siempre avasalla!..

¡Amor, Amor Divino, cuya cifra sublime
es la Muerte y Asunción de la Virgen santa!...

J. LE BRIZ.

Ciudadela, 1921.



DE MONTE - TORO

NUEVAS OBRAS REALIZADAS EN EL SANTUARIO

Conforme en este «Boletín» se había anunciado que se haría, durante la segunda quincena de Junio y la primera de Julio, han sido colocadas las dos escaleritas de mármol una a cada lado de entrada en el Camarin, con sus arrimaderos también de mármol. Los escalones en cada escalera son ocho: su ancho es de 35 centímetros: los arrimaderos se levantan del plano de cada escalón 40 centímetros. Al igual que los pasillos que desde el alto de las escaleras dan entrada al Camarin, se han embaldosado también de mármol, los dos pasillos de abajo que llevan a tomar el primer escalón, que llevan también arrimaderos, y hecho asimismo de mármol el escalón que se pisa al entrar en estos pasillos bajos. En los bordes del templete se han colocado dos anchas tiras de mármol en toda la longitud del templete, labradas en sus propios bordes, una a cada lado,

que, al propio tiempo que impiden sean movidas las dos últimas hileras de baldosas, forman un verdadero marco, que presta aumentos de belleza al embaldosado de todo el templete. Semejantes tiras han sido también colocadas al comienzo de los embaldosados, así de los pasillos de entrada al Camarin, como de los pasillos bajos, realzando también y afianzando la respectiva obra.

Cada nueva obra que se realiza, y así ha sucedido en esta última, excita la admiración y obtiene el aplauso de los visitantes. Seguidamente se trabajará en la construcción de un artístico altar-cito con retablo en el fondo del templete, en que poder decir Misa. Y en Setiembre, no habiendo podido ahora los maestros albañiles, se estucarán los dos lados del camarin, desde donde termina el zócalo, en los que han de ir los anunciados tapices. Después empero de estas dos últimas obras dichas, la ausencia temporal de los tapices no impedirá pueda decirse quedan terminadas las obras del Camarin.

(Del «Boletín Oficial» de este Obispado.)



MISCELANEA MARIANA

VISITAS AL SANTUARIO MONTE-TORINO.—Al elegir, la Virgen Santísima, como trono de amor y misericordia la más alta montaña de nuestra Isla, la cumbre de Monte-Toro, quiso poner a prueba la fidelidad de los menorquines, haciéndoles merecer de alguna manera los favores

que pensaba concederles, pues no habían de faltarles molestias a los que quisieran acudir a Ella en demanda de beneficios. Lo áspero de la subida, aún después de las obras realizadas en estos últimos años para cuantos lo efectúan a pié, la inclemencia del tiempo, sobre todo durante el rigor del invierno y del verano, y la distancia que a muchos

pueblos separa del venerando Santuario, ofrecen no pocas dificultades a la mayoría de peregrinos. Más la fé que a todos los buenos menorquines anima y el cariño que profesan a su queridísima Reina y Patrona, allanan toda aspereza, templan todo rigor y acortan las más grandes distancias, acudiendo cada día en mayor número a testimoniar a María Santísima de Monte-Toro el afecto y respeto que sienten hácia su Imagen veneranda.

A siete mil setecientas ochentitiuna personas asciende el número de las que durante el primer semestre del año en curso visitaron a la Virgen Monte-Torina en su Real Palacio, correspondiendo *quinientas tres* al primer trimestre, a saber: 105, a Enero; 175 a Febrero y 223 al mes de Marzo: *siete mil docientas setentiocho* le efectuaron durante el segundo trimestre, esto es, 2.491, en Abril, en cuyo día 28 se efectuó la peregrinación franciscana, presidida por nuestro Rdm. Prelado; 3.948, en Mayo, durante cuyo mes tuvieron lugar las acostumbradas Cuaren-

ta-Horas, que son todos los años una espléndida manifestación de la religiosidad de los menorquines; 839, en el mes de Junio. Dignese la Virgen Santísima conservar en el corazón de estos isleños la piedad y cariño que desde tan lejana fecha le profesan.

EL CAMARÍN DE LA VIRGEN.— Tocan casi a su fin las obras de restauración y ornato del Camarin del Santuario Monte Torino, como podrán ver nuestros lectores en otro lugar de este mismo número. Mucho nos alegramos de las nuevas obras realizadas, que tanto hermosean lo que vá ser la más rica joya del Santuario, y hacemos votos para que en fecha no lejana, pueda inaugurarse solemnemente el mencionado Camarin, reanudándose por los fieles aquellas fervorosas visitas que se hacian junto a la misma Imagen de la Virgen y que parecian aumentar la devoción, proporcionando mayores limosnas, muchas de las cuales se hacian casi de escondite.

HORAS DE MISTERIO

(FANTASÍA)

Levánteme, al amanecer.

El cielo semejaba, por la parte de oriente, un cristal de mil colores que un pintor gigante acabara de policromar, o mejor, tal vez, una ancha herida que manando

sangre, hubiera abierto misteriosa mano, en el azul intenso.

Por el poniente, la atmósfera era gris y tenue, parecida a una gran piel muy recia, o a una gran capa de ceniza, cribada por invisible brazo.

Caminé por tortuoso sendero y llegué a la playa cercana. Era la hora del misterio matinal; la hora



en que cantan las aves, cómo heraldo del día, mujen los bueyes, cómo llamando al trabajo, y se abren las flores, como sonriendo al nuevo sol, que siempre es el mismo, pero siempre es nuevo...

La playa desierta invitaba al silencio. En la comba arena, el mar dormía, cual gladiador rendido y, una que otra vez, rumoreaba, lentamente, cual si respirara el titán azul y movedizo.

El mar no sacó el pecho fuera, pero, sí, al verme sentado junto a él, me habló quedo e interesante, cómo amigo de confidencias.

¿Ves, me dijo, esta tierra bendecida, este peñón codiciado que yo beso y no me canso de besar, porque lo amo y acaricio?... Mira la huella de pasadas civilizaciones; celtas, fenicios, cartagineses, romanos, larga fuera la historia si tuviera que contártela toda, vinieron aquí y su memoria se perdió en el misterio, cómo ave que cruza lo ignoto y cuyo camino no puede el hombre adivinar. ¿Qué queda de aquellos bárbaros pobladores, de color de piedra y olor a tierra, que mis espumas curtieron para la lucha, o de aquellos otros colonos más adelantados, si quieres, de más altos vuelos y aspiraciones, que pasearon, por el mundo, sus conquistas?... ¡Ruínas! ¡Aquí piedras ingentes, allá tumbas calladas, aquí *dolmens* vacíos, allá aras rotas, para siempre... ¡Ruínas, sólo ruínas!...

El mar calló. El misterio me envolvía, cómo apretujando mi espíritu, y no supe decir una palabra. El mar había dicho la verdad.

Después, y subido de los mismos hondos senos del agua, oí un ge-

mido. El mar me mostraba el fiero paso por Menorca, de los hijos de Mahoma, los árabes incultos, y el mar lloraba amargamente. ¡Amargas son siempre las aguas del mar!... Ví sangre y fuego, oí llantos y dolores, ví martirios y torturas y ví las narices ganchudas y rapiñuelas de aquellas gentes enemigas, cuya historia es negra, cómo noche horrida... Ví la guerra que sus brazos movieron a los cristianos de Menorca y a su nombre, por ellos, odiado...

De pronto, el mar resonó en las rocas, cómo cantando a gloria. Era el himno triunfal de un guerrero. Semejaba el mar una gran charanga con festivos platillos, tocando a batalla y a victoria.

Vi, cómo, por encanto, desfilar ante mi vista, los ejércitos conquistadores de Menorca, ví al gran Alfonso III de Aragón y sus huestes, y vi, ¡oh estupor! el gran milagro que libró esta tierra bienamada del ominoso yugo musulmán... Y, del suceso, arrancaban mil otros acontecimientos consoladores, cual rosario de grandezas y progresos, cual vertientes abundantes de una nueva vida...

Levantéme, movido por inesperado resorte. El sol, en aquellos instantes, suspendido ya en el cielo, cómo florón dorado, besaba la misma cúspide de Monte-Toro. Parecía el monte, un volcán. Los rayos del astro del día bañaban con su luz la blanca ermita y la daban tonos de plata. Sin querer, vi a la Virgen bendita que en ella mora y ví su camarín hermosísimo y bruñido, cual tazón de cristal. Reverente, caí de rodillas, y

adoré a mi Madre, a la Madre de toda Menorca.

¡Oh Virgen morenita, que tostó el tiempo con sus colores, bendita seas! ¡Tú eres la gran civilizadora de Menorca; Tú la que libraste mi tierra de terrible yugo; Tú la que conservas nuestra fe y nuestras tradiciones; Tú la que siem-

pre serás nuestra Protectora! ¡Bendita seas!...

El sol, lentamente, cual ardiente lámpara, subía a lo alto del cielo...

El mar, agitado por ténue brisa, se movía juguetón, como niño que despierta alborazado...

E. C. L.

Ciudadela, VIII, 1921.



REBUSCANDO

ESPAÑOLISMO

Cuando la Exposición Universal celebrada en París en 1890, funcionaban en el circo taurino levantado en la *rue de Pergolesse* las cuadrillas de los más notables toreros españoles.

Cierto día un picador, cuyo nombre pasó a la lista de los inmortales en el arte, hallábase en el Arco del Triunfo contemplando el monumento, no dejando de dar vueltas y más vueltas a su alrededor, gesticulando y hablando para sí, tan en voz fuerte que muchos transeuntes creyeronle fuera de juicio.

De pronto, al ver un policía partió hacia él, y, algo incomodado le dijo el torero:

—¡Oiga usted, compare!... Entre las batallas que dice ahí que ganó su rey Napoleón, está la de Bailén, y eso ¡p' al gato! ¿Sabe osté? Porque yo sé muy requetebién, señor *monsiú*, que los vaqueros le jecharon d'allí a garrochazos.

A lo que replicó el aludido:

—*Je ne vous comprend pas, monsieur. Parlez vous français.* (No entendí una palabra, caballero Hable usted en francés).

A lo que objetó malhumorado el picador, que tampoco entendía la lengua de Molière:

—Bneno. Osté dirá lo que le venga en gana, porque para eso le pagan. Pero no podrá negar que ese «gachó» se iba de *boquibilibis*.

¡Y los dos se quedaron tan frescos!..

X.

